

D'IO

Terminado de explorar el mundo próximo que lo rodea, el niño vuelve por primera vez la mirada hacia sí mismo.

En el charco profundo creado por Némesis o en el espejo del baño de casa,
pone los ojos dentro de sus propios ojos para descubrir que está mirando a otro: Dios.

Por un instante queda perplejo, observándose invertido en el color de su iris.

El paisaje por siempre mudable alrededor de la propia pupila le habla de paisajes extraterrestres.

Distraído por un animal detrás de los arbustos, o por el teléfono que suena en el pasillo,
el niño regresa al mundo olvidando lo que acaba de ver.

Un Dios amigo tan cercano parece demasiado fácil de encontrar, y no puede ser verdad.

El niño destruye y construye, buscando a Dios en los ojos de los demás, y, ya hecho hombre,
se encuentra mirándose a los

ojos y descubriendo en su iris un paisaje cambiado por cráteres, ofendido por colisiones con
otros cuerpos celestes, calentado

por soles o congelado por la muerte de estrellas implosionadas.

De nuevo el niño hecho hombre ve a Dios y, con la piel de gallina, empieza a hablarle: quiere
saber quién es, y adónde debe ir.

Dios lo mira estúpidamente desde el espejo sin dar respuesta alguna, y el adulto tiene la
sensación de hablar solo.

Un niño que llora o un despertador que suena devuelven al adulto al mundo.

Un Dios que no responde es un Dios sordo, un Dios malo, y un Dios que no existe.

Hasta que el adulto hecho anciano se encuentra por la mañana ante sí mismo lavándose la
cara:

el paisaje extraterrestre de sus ojos, del que proviene y adonde está a punto de volver, ha
cambiado otra vez;

el Dios que lo habita lo espera impasible entre entramados de flores, sombras de animales
mitológicos, arcoíris de ovillos de colores.

El niño hecho hombre hecho anciano partirá para encontrar en sus ojos a D'Io: a Dios y al
Yo.